Diego de Ordás ser cosa vergonzosa de hombres castellanos no acabar lo que una vez habían comenzado, aunque fuese con la muerte, animosamente pasaron adelante y se metieron por la ceniza y llegando al fin, a lo más alto, por debajo de un espeso humo, miraron por un rato la boca que les pareció redonda y más de cuarto de legua de circuito, con una profunda concavidad y que dentro hervía el fuego como horno de vidrio. Descubríase desde aquella altura la gran ciudad de Mexico puesta en la laguna y los otros grandes pueblos de su comarca. Y no pudiéndose detener por el calor se volvió por las mismas pisadas por no perder el rastro. Otra vez reconoció este volcán Andrés de Tapia y después Montaño y Mesa, como se dirá en su lugar. Los indios, espantados que hombres humanos tal hubiesen hecho, les besaban la ropa porque creían que era aquella una boca de infierno adonde los señores que tiranizaban iban a purgar sus pecados y después a tierra de descanso. Llamaron los castellanos volcán a este monte o sierra, porque parecía el Mongibelo de Sicilia. Es tan alto que parece de muchas leguas y jamás le falta nieve y en su comarca está la tierra más poblada y fértil de Nueva España. El más cercano pueblo es Calpa y no Huexotzinco como dice Herrera, aunque también está cerca de él, porque no está más de una legua adelante de este dicho, en las faldas de la Sierra Nevada, como en su lugar decimos.

CAPÍTULO XXXIX. *Que Fernando Cortés salió de Tlaxcalla y entró en Cholulla, y lo que allí le sucedió*

IÉNDOSE FERNANDO CORTÉS solicitado de los embajadores de Motecuhzuma para salir de Tlaxcalla y que siempre porfiaban de ponerle en sospechas de aquella nación, por quitarla del temor grande que tenía de los dioses de Cholulla, habiendo estado veinte días en aquella ciudad hallándose bien informado de lo que era la de Mexico, de su sitio, de las fuerzas de Motecuhzuma y su imperio, acordó de pasar a Cholulla, dejando hecha amistad entre los de Tlaxcalla y Huexotzinco, con restitución de lo que unos a los otros en la guerra se había tomado. Salió acompañado de cien mil hombres y sentían mucho que Cortés emprendiese aquel viaje, porque unos le tenían por perdido y otros confiaban de su valor esperando que con él salvaría el peligro. La gente menuda que salió a ver partir los castellanos era infinita; y estando los campos llenos de niños y mujeres no hartándose de mirar aquella gente, espantados del atrevimiento de ir a Mexico, cosa para ellos tan nueva, decían: vuestro gran Dios os defienda y dé victoria contra aquellos enemigos nuestros. Otros: bien es que aquel malo de Motecuhzuma pruebe vuestro esfuerzo. Pero lo que más los tenía pasmados era el poco número de los castellanos. Fueron con ellos mercaderes para rescatar ropa y sal. Los de Cholulla con el protesto que les hizo Gerónimo de Aguilar de que Fernando Cortés les haría la guerra si no iban

a dar la obediencia al rey de Castilla. Visto que caminaban con tan gran ejército enviaron a muchos señores que dijeron que no habían ido antes por ser los tlaxcaltecas sus grandes enemigos, falsos y mentirosos y que ellos eran buenos y leales y por auto ante escribano se dieron por súbditos de la corona de Castilla y de León. No se llegó aquel día a la ciudad por no entrar de noche, aunque no había más de cuatro leguas. Alojáronse junto a un arroyo adonde los de Cholulla pidieron a Fernando Cortés que no permitiese que los de Tlaxcalla les hiciesen daño. Y porque ya no había necesidad de hacer guerra los mandó volver, despidiéndolos con gran amor y cortesía, dando presentes a los capitanes conforme a su calidad (en que fue siempre Fernando Cortés muy cumplido y liberal). Quiso que se quedasen con él, para lo que se pudiese ofrecer, tres mil tlaxcaltecas con los capitanes que le mostraron más afición (aunque otros dicen que eran seis mil); y no quiso mayor número por no ponerse en manos de gente bárbara de cuya fe hasta entonces no tenía mucha experiencia. Era cosa de ver lo que los de Tlaxcalla hablaban de los otros; decían que eran mercaderes falsos y que convenía mucho guardarse de ellos porque en ninguna manera mantenían la fe que prometían y traían a la memoria la traición que les hicieron. Ofreciéronse de ir a Mexico siempre que fuesen llamados y decían que de buena gana fueran con todo aquel ejército para ver en qué paraban las cosas; pero Fernando Cortés les dijo que con los que le dejaban iba contentísimo pues que valían más que otros cuatro doblados. Saliéronle otro día a recibir más de diez mil ciudadanos en diversas tropas con rosas, flores, pan, aves y frutas y mucha música. Llegaba un escuadrón a dar la bien llegada a Fernando Cortés y con buena orden se iba apartando dando lugar a que otro llegase; y esto fue porque como aquella ciudad se repartía en seis grandes barrios, los tres tenían la parte de Motecuhzuma y los otros no. En llegando a la ciudad (que pareció mucho a los castellanos en el asiento y prespectiva a Valladolid), salió la demás gente quedando muy espantada de ver las figuras, talles y armas de los castellanos. Salieron los sacerdotes con vestiduras blancas, como sobrepellices y algunas cerradas por delante, los brazos de fuera, con fluecos de algodón en las orillas. Unos llevaban figuras de ídolos en las manos, otros sahumerios, otros tocaban cornetas, atabalejos y diversas músicas y todos iban cantando y llegaban a incensar a los castellanos.

Con esta pompa entraron en Cholulla y en una casa, adonde todos unidos estuvieron bien aposentados y seguros y con ellos los indios que llevaban y siempre con buena guarda y por entonces les dieron bien de comer. Algunos días después estaba Fernando Cortés en cuidado, porque vía algunas malas señales y le decían que se habían visto algunas calles tapiadas y mucha cantidad de piedras puestas en los terrados para tirar; y ya iba disminuyendo el abundancia con que proveían la comida para la gente; y los señores de la ciudad, ni los capitanes no le visitaban, sino pocas veces; y los embajadores de Motecuhzuma con mayor atrevimiento le ponían mayores dificultades que antes en la ida de Mexico. Por lo cual y porque por orden de los embajadores mexicanos los de Cholulla habían llegado

a decirle que a donde Motecuhzuma estaba había lagartos, tigres y otros fieros animales, que si los mandaba soltar se comerían a los castellanos; a lo cual respondió que no creía que tal príncipe permitiría que se hiciese descomedimiento a quien iba a visitarle de parte de tan gran monarca como el rey de Castilla; y que cuando todavía lo hiciese supiesen que aquellas fieras no empecían a los castellanos. Andaba pensando en qué forma pondría en sujeción a los de Cholulla y seguiría su camino con brevedad antes que se levantase algún impedimento. Supo que esta respuesta se había referido a Motecuhzuma y que había dicho que los castellanos eran poderosos para despedezar con sus armas a cualesquiera animales, por bravos que fuesen; y que con todo eso enviaba otros embajadores, porfiando siempre en estorbar su jornada a Mexico, los cuales llegaron con otro presente y hicieron su instancia; y a cada momento iban y volvían mensajeros de Mexico. Y viendo los mexicanos que no podían por ninguna vía apartar a Fernando Cortés de su propósito, trataron con los señores de los tres barrios de Cholulla que matasen a los castellanos, prometiéndoles grandes dones; y de parte de Motecuhzuma dieron al capitán mayor un atambor de oro y le ofrecieron de ayudarle con treinta mil soldados que allí cerca tenían. El capitán aceptó y prometió de ejecutarlo con que los de Culhua no entrasen en la ciudad, porque temía que se alzarían con ella.

Concertaron para esto que tomando las calles y atajándolas y haciéndose fuertes en las azuteas, con la multitud de piedra que tenían recogida darían sobre los castellanos y los podrían prender y entregar a todos; y que los treinta mil culhuas estuviesen en puestos tales (sin entrar en la ciudad) que pudiesen prender o matar a los que se escapasen. Para efectuar este acuerdo comenzaron a sacar la ropa y poner en cobro las mujeres y niños y no en la sierra, como Gómara dice, porque Cholulla no la tiene, aunque pudo entender por la sierra una pequeña que le cae casi al poniente declinando al norte; pero está muy rasa y escombrada y no se puede encubrir nada en ella. Yo pienso (y así lo creo) que se irían a la parte del mediodía, hacia el valle de Atrisco; porque por esta parte hay sierras y quebradas por donde se baja a la tierra caliente y algunos montes y bosques donde se podían esconder y defender a poca costa suya. Viendo pues Fernando Cortés el mal tratamiento que se le hacía. estando desabrido y sospechoso, le dijo Marina que una señora principal, amiga suya, la dijo con gran secreto, que por el amor que la había tomado el tiempo que habían estado juntas la avisaba que si no quería ser muerta con los otros cristianos se quedase allí con ella, y que la escondería en una casa adonde estuviese segura; porque los mexicanos y cholultecas estaban concertados de matarlos cuando más descuidados estuviesen o se quisiesen ir; y sin perder tiempo Fernando Cortés considerando la necesidad y peligro en que se veía mandó prender a dos que andaban muy solícitos y le pareció que eran personas que podrían tener noticia del caso y eran sacerdotes; y habiendo examinado a cada uno de por sí, con amenazas le confesaron ser verdad cuanto Marina había referido. Envió a llamar a los más principales señores y sacerdotes; díjoles que no anduviesen con él en disimulaciones, que si

algo pretendían claramente se lo dijesen como valientes hombres. Respondieron que eran sus servidores, y que cuando se quisiese partir se lo avisase, que le acompañarían armados por si algo le sucediese con los mexicanos. Dijo que otro día se quería ir y que le proveyesen de gente que llevase el fardaje y que le diesen de comer. Sonriéndose de ello, mandó lo solicitasen porque se quería partir luego. Llamó a los capitanes castellanos, dioles cuenta de lo que pasaba, pidióles parecer, remitiéronse todos a su voluntad, dijo que pensaba castigar bien aquella gente. Lo cual dijo que tenía por cierto que era necesario para que en Mexico tuviesen mayor seguridad. Otro día, creyendo los cholultecas que tenían su juego seguro, bien de mañana llevaban los hombres que se habían de cargar con alguna comida.

CAPÍTULO XL. *Que los cholultecas confiesan que querían matar a los castellanos; y el castigo que Fernando Cortés hizo en ellos*

PORQUE NO USABAN ESTOS INDIOS emprender negocio alguno sin la comunicación de sus dioses, sacrificaron diez niños de tres años, la mitad varones y la mitad hembras; y era particular costumbre suya hacer este sacrificio cuando comenzaban alguna guerra; y si no les sucedía bien daban la culpa a alguna falta que debió de haber en la forma de sacrificar. Pusiéronse los capitanes muy disimulados en cuatro puertas del aposento, por donde los castellanos habían de pasar acompañados de la más gente que pudieron. Fernando Cortés no se descuida de proveer con diligencia a su salud. Había mandado armar la gente, y que los de a caballo estuviesen a punto y los tlaxcaltecas y cempoalles, y dada orden a lo que habían de hacer con la señal de un tiro de escopeta y cuando le parecía que era buena ocasión mandó llamar a los principales cholultecas, diciendo que se quería despedir de ellos; acudieron cuarenta (y entraran más si los dejaran), y porque faltaba el más viejo y más principal, mandó que le llamasen. Dijo en presencia de los embajadores mexicanos que los había amado como amigos y ellos como a enemigo le habían aborrecido, como se había visto en el tratamiento que le habían hecho, habiendo estado su gente muy ordenada y quieta, y que le habían rogado que no entrasen en su tierra los tlaxcaltecas y lo había hecho por darles contento; y que habiéndoles pedido que le tratasen verdad o como valientes le desafiasen si algo dél pretendían, se habían concertado con los mexicanos para matar su gente pensando que no se había de saber; y que por tan grave delito tenía determinado que muriesen todos y asolar su ciudad. Quedaron por un rato mudos y pasmados y volviendo en sí decían: éste es como nuestros dioses, que todo lo saben, no hay para qué negarle nada, y confesaron ser verdad cuanto decía; y apartando cuatro o cinco de ellos, a un cabo preguntó por qué causa querían ejecutar tan mal propósito. Dijeron que